



DOS

Me marcho de Manhattan en silencio en mi patineta. Está refrescando, y las ráfagas de nieve se han convertido en una nevada constante, pero el azote del viento en mi rostro es justo lo que mi estado de ánimo necesita. En las calles, comenzaron a brotar grupos aquí y allá, y personas ataviadas con camisetas azules y rojas empiezan a hacer la cuenta regresiva para el comienzo de los juegos, a voz en cuello. Los observo mientras sus festejos se van desvaneciendo. A lo lejos, cada lado del edificio Empire State está iluminado y pasa enormes imágenes de Warcraft.

En aquella época en que todavía vivía en Brooklyn, en



el hogar de crianza, podía ver el Empire State si trepaba a la terraza. Me sentaba allí y me quedaba mirando durante horas las imágenes de Warcross que rotaban en los costados del edificio, balanceando las piernas delgadas, hasta que llegaba el amanecer y la luz del sol delineaba en dorado el contorno de mi figura. Si miraba mucho tiempo, podía verme a mí misma allá arriba. Aun ahora, siento esa antigua puntada de emoción al ver el edificio.

Mi patineta eléctrica emite un pitido y me arranca de la ensoñación de una sacudida. Miro hacia abajo: queda la última barra de la batería. Suspiro, me detengo y me cuelgo la tabla al hombro. Luego, busco algunas monedas en el bolsillo y bajo en la primera estación de metro que encuentro.

El atardecer se transformó en una noche azul-grisácea para cuando llego a Hunts Point, un derruido complejo de apartamentos del Bronx al que llamo mi hogar. Este es el otro lado de la ciudad rutilante. Los grafitis cubren un lado del edificio. Una jaula de barras de hierro herrumbradas encierran las ventanas de la planta baja. La basura está apilada cerca de los escalones de la entrada principal: vasos de plástico, envoltorios de comida rápida, botellas de cerveza rotas; todo parcialmente oculto debajo de una fina capa de nieve. Aquí no hay pantallas encendidas ni autos elegantes recorriendo las calles agrietadas. Se me encorvan los hombros y los pies parecen de plomo. Todavía ni siquiera cené, pero, a esta altura, no tengo claro si prefiero comer o dormir.

Un poco más adelante, en la misma calle, un grupo de

indigentes se está acomodando, extendiendo las mantas y armando las carpas en la entrada de una tienda cerrada. Bolsas de plástico forran el interior de sus ropas harapientas. Con el corazón roto, aparto la mirada. Hubo un tiempo en que ellos también fueron jóvenes y tal vez tuvieron familias que los querían. ¿Qué los llevó a este estado? ¿Cómo me vería yo en su lugar?

Finalmente, me obligo a subir los escalones de la entrada y camino por el pasillo hasta mi puerta. El corredor apesta, como siempre, a pis de gato y alfombras mohosas, y, a través de las delgadas paredes, puedo oír a los vecinos gritándose unos a otros, un televisor a todo volumen, el llanto de un bebé. Me relajo un poquito. Si tengo suerte, no me toparé con el arrendador en camiseta, pantalones de gimnasia y con la cara roja. Quizá pueda pasar una noche tranquila de sueño antes de tener que lidiar con él en la mañana.

Hay un nuevo aviso de desalojo en mi puerta, justo donde estaba el anterior que rompí. Exhausta, lo observo durante unos segundos y lo leo varias veces.

**AVISO DE DESALOJO DE NUEVA YORK
NOMBRE DEL ARRENDATARIO: EMIKA CHEN
TIENE 72 HORAS PARA PAGAR O
DESOCUPAR EL APARTAMENTO**

¿Era necesario que regresara y colocara un nuevo aviso, como si quisiera asegurarse de que se enterara todo el edificio? ¿Para humillarme más? Arranco la nota de la puerta, la arrugo

con el puño y me quedo quieta durante unos segundos mirando el espacio vacío donde estaba pegado el papel. Dentro de mí, hay una desesperación que me resulta familiar, un pánico creciente que palpita estruendosamente en mi pecho, tecleando con fuerza todo lo que debo. Los números en mi cabeza vuelven a comenzar. Renta, comida, facturas, deuda.

¿Dónde voy a conseguir el dinero en tres días?

—¡Ey!

Doy un salto al oír la voz. El señor Alsole, el arrendador (que es tan idiota como parece indicar su apellido), emergió de su apartamento y se dirige hacia mí con paso airado, el ceño semejante al de un pez, su fino cabello anaranjado todo revuelto. Un vistazo a sus ojos inyectados en sangre me indica que está bajo los efectos de alguna droga. Genial. Otra discusión. *No puedo enfrentar otra pelea en el día de hoy.* Busco a tientas las llaves, pero es demasiado tarde. En su lugar, enderezo los hombros y levanto el mentón.

—Hola, señor Alsole —me gusta pronunciar su apellido como si fuera *Asshole*. En verdad es un idiota.

Me mira con expresión enfurruñada.

—Has estado evitándome toda la semana.

—No a propósito —insisto—. Ahora tengo un trabajo como camarera en las mañanas, en la cafetería de acá cerca, y...

—Ya nadie necesita camareras —sus ojos entrecerrados me miran con desconfianza.

—Bueno, este lugar, sí. Y es el único trabajo que existe. No hay nada más.

–Dijiste que pagarías *hoy*.

–Sé lo que dije –respiro profundamente–. Puedo pasar más tarde a conversar...

–¿Acaso yo dije más tarde? Lo quiero *ahora*. Y tendrás que agregar otros cien dólares a la deuda.

–¿Qué?

–Este mes aumenta la renta. En todo el edificio. ¿No crees que se trata de una propiedad valiosa?

–No es justo –digo, mientras mi enojo aumenta–. No puede hacer eso... ¡lo aumentó en *este mismo* instante!

–¿Sabes qué cosa no es justa, pequeña? –el señor Alsole entorna los ojos y se cruza de brazos. El gesto estira las pecas de sus brazos–. El hecho de que estás viviendo gratis en mi edificio.

Levanto las dos manos. La sangre sube a mis mejillas. Puedo sentir el fuego.

–Lo sé... es que solo...

–¿Y qué tal si me das billetes? ¿Tienes más de cinco mil de esos?

–Si así fuera, se los daría.

–Entonces ofréceme otra cosa –escupe, extendiendo un dedo que parece una salchicha hacia mi patineta–. Si veo eso otra vez, lo destrozaré con un martillo. Véndela y dame el dinero.

–¡No cuesta más de cincuenta dólares! –doy un paso adelante–. Mire, haré lo que sea, se lo juro, se lo prometo –las palabras brotan de mí en un confuso embrollo–. Solo deme unos días más.

–Escucha, niña –levanta tres dedos para recordarme exactamente cuántos meses le debo–. Ya estoy harto de los pedidos de compasión –luego me observa de arriba abajo–. ¿Cuántos años tienes ya? ¿Dieciocho?

Me pongo rígida.

–Sí.

Hace un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

–Ve al Rockstar Club y consigue un empleo. Las chicas ganan cuatrocientos dólares por noche solo por bailar en algunas mesas. Es probable que *tú* saques quinientos. Y ni siquiera les va a importar que tengas un prontuario oscuro.

Entrecierro los ojos.

–¿Cree que no averigüé? Tengo que tener veintiuno.

–No me importa lo que hagas. *Jueves*. ¿Está claro? –el señor Alsole habla de manera tan enérgica que su saliva vuela hasta mi rostro–. Y quiero este apartamento vacío. Impecable.

–¡No estaba impecable cuando yo entré! –le grito, pero ya está de espaldas y camina con paso airado por el pasillo.

Exhalo débilmente mientras él cierra su puerta de un golpe. El corazón me late contra las costillas y las manos me tiemblan.

Mi mente regresa a los indigentes, con los ojos hundidos y los hombros caídos, y luego a las mujeres que había visto salir ocasionalmente del Rockstar Club, oliendo a humo, sudor y perfume barato, el maquillaje corrido. La amenaza del señor Alsole es un recordatorio de adonde podría terminar yo si no tengo suerte pronto. Si no empiezo a tomar algunas decisiones difíciles.

Encontraré la forma de que se compadezca de mí. Lo ablandaré. *Solo deme una semana más, lo juro, y conseguiré la mitad del dinero. Lo prometo.* Repito esas palabras en mi cabeza mientras empujo la llave en la cerradura y abro la puerta.

Adentro está oscuro. Luces azules de neón brillan afuera de la ventana. Enciendo las luces, dejo caer las llaves en la mesada de la cocina y arrojó la nota de desalojo arrugada en la basura. Luego me detengo para echar una mirada al apartamento.

Es un estudio pequeño, atestado de cosas. Hay grietas en el revoque pintado de las paredes. Se ha quemado una de las bombillas de la única luz del techo de la habitación, y la segunda se está apagando de a poco, esperando que alguien la reemplace antes de que también expire. Mis gafas de Warcross se hallan en la mesa abatible. Las había rentado por poco dinero, porque eran un modelo más viejo. Dos cajas de cartón llenas de cosas están apiladas junto a la cocina, hay dos colchones en el suelo junto a la ventana, y una antigua TV y un viejo sofá color mostaza ocupan el resto del espacio.

—¿Emi?

Una voz amortiguada brota de debajo de la manta, en el sofá. Mi compañera de apartamento se sienta, se frota la cara y se pasa la mano por su nido de cabello rubio. *Keira*. Se había quedado dormida con las gafas de Warcross puestas, y una leve marca le atraviesa las mejillas y la frente. Me mira y arruga la nariz.

—¿Trajiste otra vez a un chico?

Sacudo la cabeza de un lado a otro.

–No, esta noche estoy solo yo –respondo–. ¿Le diste hoy al señor Alsole tu mitad del dinero, como me dijiste?

–Oh –evita mi mirada mientras balancea las piernas sobre el costado del sillón y toma una bolsa de patatas fritas a medio comer–. Se lo daré antes del fin de semana.

–¿Te das cuenta de que el jueves nos va a echar, verdad?

–*Nadie* me lo dijo.

Mi mano se tensa contra el respaldo de la mesa del comedor. Keira no salió del apartamento en todo el día, por lo tanto nunca vio el aviso de desalojo pegado en la puerta. Respiro profundamente y me recuerdo que ella tampoco ha podido encontrar un trabajo. Después de casi un año de intentarlo, se dio por vencida y se encerró en sí misma y, en su lugar, pasa los días holgazaneando en Warcross.

Es una sensación que conozco muy bien, pero esta noche estoy demasiado exhausta como para ser paciente con ella. Me pregunto si caerá finalmente en la cuenta de lo que es vivir en la calle cuando terminemos ahí, con nuestras pertenencias en una bolsa.

Me quito la bufanda, la sudadera y me quedo con mi top sin mangas preferido, entro en la cocina y pongo a hervir una cacerola con agua. Luego me dirijo hacia los dos colchones, que se encuentran contra la pared.

Keira y yo mantenemos nuestras camas separadas por un divisor improvisado, hecho con viejas cajas de cartón pegadas con cinta de embalar. Yo había arreglado mi lado

tan ordenado y cálido como pude, decorando el espacio con cordeles de lucecitas doradas y titilantes. Clavado en mi pared, hay un mapa de Manhattan cubierto con mis garabatos, junto con cubiertas de revistas con Hideo Tanaka, una lista de las actuales tablas de clasificación del Warcross amateur y un adorno navideño de cuando era pequeña. Mi última posesión es una de las viejas pinturas de mi padre, la única que me quedó, que está apoyada cuidadosamente al costado del colchón. La tela explota de color, las pinceladas gruesas y texturadas dan la sensación de que todavía están húmedas. Solía tener más obras de él, pero tuve que ir vendiéndolas cada vez que la situación se volvía más desesperante, destruyendo gradualmente su recuerdo para sobrevivir a su ausencia.

Me dejo caer en el colchón, que emite un fuerte chirrido. Las paredes y el techo están inundados de luces azules de neón, que provienen de la licorería de enfrente. Me quedo quieta escuchando el lejano y constante ulular de las sirenas que viene del exterior, los ojos fijos en una vieja mancha de agua del cielorraso.

Si papá estuviera aquí, andaría moviéndose por todos lados con su estilo de profesor de moda, mezclando pinturas y lavando pinceles en frascos. Quizá reflexionando acerca del programa de sus clases o sus planes para la Semana de la Moda de Nueva York.

Volteo la cabeza hacia el resto del apartamento y finjo que está aquí, en su versión sana y saludable. La silueta alta y esbelta delineada por la luz de la puerta, el abundante pelo

teñido de azul emitiendo destellos plateados en la oscuridad, el vello facial cuidadosamente recortado, los lentes con montura negra enmarcando sus ojos, y su rostro de soñador. Llevaría una camisa negra, que dejaría a la vista los coloridos tatuajes que subían y bajaban por su brazo derecho, y su apariencia sería increíblemente ordenada; los zapatos lustrados y los pantalones planchados impecablemente, salvo algunas salpicaduras de pintura en las manos y el cabello.

Esbozo una sonrisa ante el recuerdo de estar sentada en una silla, balanceando las piernas y observando los vendajes en mis rodillas mientras mi padre colocaba mechas de color temporarias en mi cabello. Las lágrimas todavía humedecían mis mejillas del momento en que había regresado corriendo de la escuela, sollozando, porque alguien me había empujado en el recreo y se me habían agujereado mis jeans favoritos. Papá tarareaba mientras trabajaba. Cuando terminó, me acercó un espejo y lancé un grito ahogado de placer. *Muy Givenchy, muy a la moda*, dijo dándome un golpecito en la nariz. Yo solté una risita. *Especialmente cuando lo recogemos así. ¿Ves? Sujetó mi cabello en una alta cola de caballo. No te acostumbres mucho, se irá en pocos días. Ahora vayamos a comprar una pizza.*

Papá solía decir que mi viejo uniforme de la escuela era un granito en el rostro de Nueva York. Solía decir que yo me vestía como si el mundo fuera un lugar mejor de lo que realmente era. Compraba flores cada vez que llovía y llenaba la casa con ellas. Se olvidaba de limpiarse las manos durante

las sesiones de pintura y terminaba dejando huellas de colores por toda la casa. Despilfarraba su escaso salario en regalos para mí, en materiales de arte, obras de caridad, ropa y vino. Se reía con mucha frecuencia, se enamoraba con mucha rapidez y bebía con mucha libertad.

Pero una tarde, cuando yo tenía once años, volvió a casa, se sentó en el sofá y se quedó con la mirada perdida. Acababa de regresar de una cita con el médico. Seis meses después, se marchó.

La muerte tiene la terrible costumbre de cortar todas las líneas que uno trazó cuidadosamente entre el presente y el futuro. La línea que conduce hasta tu padre llenando tu dormitorio de flores el día de tu graduación. O diseñando tu vestido de novia. O yendo a cenar todos los domingos a tu futura casa, donde su canto desafinado te haría reír tanto que terminarías llorando. Yo tenía cientos de miles de esas líneas y, en un solo día, fueron amputadas, dejándome sin nada más que una pila de facturas médicas y deudas de juego. La muerte ni siquiera me dio algún lugar hacia dónde dirigir mi ira. Lo único que pude hacer fue observar el cielo.

Después de que papá murió, comencé a copiar su aspecto: el cabello salvaje y artificialmente colorido (la única cosa en la que estoy dispuesta a gastar dinero es en cajas de tintura para el pelo) y el brazo cubierto de tatuajes (hechos gratis y de lástima por el tatuador de mi padre).

Giro ligeramente la cabeza y echo un vistazo a los sinuosos tatuajes que recorren mi brazo izquierdo, y luego deslizo la

mano suavemente por encima de las imágenes. Comienzan en la muñeca y llegan hasta el hombro, brillantes tonos de azul y turquesa, rosa y dorado: peonías (la flor preferida de mi padre), edificios al estilo Escher brotando de olas marinas, notas musicales y planetas en el espacio, un recuerdo de las noches en que papá me llevaba al campo en auto para ver las estrellas. Por último, terminan con una fina línea de palabras que recorren el lado izquierdo de la clavícula, un mantra que papá solía repetirme todo el tiempo, un mantra que me recito a mí misma cuando me siento muy desalentada.

Todas las puertas cerradas tienen una llave.

Todos los problemas tienen una solución.

Todos los problemas, excepto el que se lo llevó a él. Excepto este en el que yo me encuentro ahora. Y ese pensamiento basta para que me acurruque y cierre los ojos, para que me acomode en un lugar oscuro y familiar.

El sonido de agua hirviendo me sacude justo a tiempo de mis pensamientos. *Levántate, Emi*, me digo a mí misma.

Me arrastro fuera de la cama, enfilo hacia la cocina y busco un paquete de fideos instantáneos. (Costo de la cena de esta noche: \$1). Mi provisión de comida se ha reducido a tres cajas. Le echo una mirada asesina a Keira, que continúa sentada en el sofá, pegada a la TV (TV usada: \$75). Con un suspiro, rasgo el paquete de fideos y los arrojo al agua.

Desde algún lugar del edificio, llega el ruido sordo de música y fiesta. Todos los canales locales están transmitiendo algo relacionado con la ceremonia inaugural. Keira detiene

el televisor en un canal que muestra las imágenes de los momentos más destacados del año pasado. Luego, pasa a cinco comentaristas de los juegos, sentados en el nivel superior del Tokio Dome, en un debate acalorado sobre qué equipo ganará y por qué. Debajo de ellos, hay un estadio con cincuenta mil fans gritando, iluminado en forma tenue por un barrido de luces rojas y azules. Papel picado de color dorado llueve del techo.

—¡Una cosa en la que todos vamos a coincidir es que nunca hemos visto un reparto de jugadores amateurs como el de este año! —dice una analista, el dedo hundido en el oído para poder oír por encima del ruido—. Uno de ellos ya es una celebridad por derecho propio.

—¡Sí! —exclama un segundo analista mientras los demás asienten. Detrás de ellos, aparece un video que muestra a un joven—. DJ Ren fue noticia por primera vez como uno de los nombres más prometedores de la escena musical underground de Francia. ¡Ahora, Warcross lo convertirá en un hombre aboveground, lo expondrá a la luz!

Mientras los comentaristas continúan discutiendo acerca de los jugadores más nuevos, me invade una oleada de envidia. Cada año, una comisión secreta nombra a cincuenta jugadores amateurs para ser ubicados en el comité de selección de equipos. Por lo que a mí respecta, son las personas más afortunadas del mundo. Por mis antecedentes penales quedo automáticamente descalificada para las nominaciones.

–Y hablemos del movimiento que están provocando este año los juegos. ¿Creen que romperemos algunos récords? –pregunta la mujer.

–Parecería que ya lo hicimos –responde un tercer analista–. El año pasado, el torneo final fue visto por un total de trescientos millones de personas. ¡Trescientos millones! Tanaka debe estar orgulloso –mientras habla, el fondo cambia otra vez a un logo de Henka Games, seguido de un video de Hideo Tanaka, el creador de Warcross.

El clip lo muestra vestido con un esmoquin impecable mientras abandona una fiesta benéfica del brazo de una joven, su chaqueta sobre los hombros de ella. Él es demasiado elegante para tener veintiún años y, mientras las luces destellan a su alrededor, no puedo evitar inclinarme un poco hacia delante. Durante los últimos años, Hideo se ha transformado de un desgarbado genio adolescente a un elegante joven de ojos penetrantes. *Educado* es lo que dice la mayoría a la hora de describir su personalidad. Nadie puede asegurar nada más, a menos que pertenezca a su círculo íntimo. Pero ahora no pasa una semana sin que aparezca en la portada de algún periódico sensacionalista, saliendo con esta o aquella celebridad, poniéndolo número uno de cualquier lista que puedan imaginar. El más joven, el más hermoso, el más adinerado, el candidato más codiciado.

Desde luego que he estado con una buena cantidad de muchachos. Muchas noches enganché a un chico guapo en el restaurante o en una cafetería y luego lo llevé a mi casa para

distraerme de mis problemas. Los muchachos iban y venían sin mayores consecuencias. Pero la imagen de Hideo permanecía siempre en mi mente.

—*¡Echemos un vistazo a nuestra audiencia del juego de apertura de esta noche!* —prosigue el comentarista. Aparece un número, y todos estallan en aplausos. *Quinientos veinte millones*. Y eso es solo para la ceremonia inaugural. Warcross es oficialmente el mayor evento del mundo.

Llevo la cacerola de fideos al sofá y como en piloto automático mientras miramos más videos. Hay entrevistas con fans chillones entrando al Tokio Dome, los rostros pintados y las manos aferrando afiches caseros. Hay tomas de trabajadores volviendo a revisar todas las conexiones. Hay documentales como los de las olimpiadas, que muestran fotos y videos de cada uno de los jugadores de esta noche. Después, vienen imágenes sobre la mecánica de juego: dos equipos compiten en los infinitos mundos de Warcross. La cámara panea hacia la entusiasta multitud, luego hacia los jugadores profesionales, que están esperando en una habitación privada entre bastidores. Esta noche, sus sonrisas son amplias, sus ojos están llenos de vida e ilusión mientras saludan a la cámara.

No puedo evitar sentir un poco de amargura. Yo también podría estar allí, ser tan buena como ellos, si tuviera el tiempo y el dinero para jugar durante todo el día. Lo sé. En cambio, estoy aquí, comiendo fideos instantáneos de una cacerola, preguntándome cómo haré para sobrevivir hasta que la policía

anuncie otra recompensa. ¿Cómo será tener una vida perfecta? ¿Ser una superestrella amada por todos? ¿Poder pagar las cuentas a tiempo y comprar todo lo que quieres?

—¿Qué vamos a hacer, Em? —pregunta Keira, y rompe el silencio. Su voz suena hueca. Siempre me hace la misma pregunta cada vez que nos hundimos en territorio peligroso, como si yo fuera la única responsable de salvarnos a ambas. Pero esta noche continuó observando la TV, sin ganas de contestarle. Teniendo en cuenta que, en este momento, tengo exactamente trece dólares a mi nombre y estoy en la situación más desesperada de toda mi vida.

Echo la espalda hacia atrás y dejo que las ideas den vueltas por mi cabeza. Soy una buena —buenísima— hacker, pero no puedo conseguir trabajo. Soy demasiado joven o demasiado delincuente. ¿Quién quiere contratar a una criminal condenada por usurpación de identidad? ¿Quién quiere que le arregles sus dispositivos si piensa que podrías robarle la información? Eso es lo que sucede cuando tienes en tus antecedentes cuatro meses de detención juvenil que no pueden borrarse, junto con una prohibición de dos años de no tocar computadoras. Claro que eso no me detuvo a la hora de utilizar furtivamente mis gafas y mi teléfono hackeados, pero sí evitó que solicitara algún empleo real que sé que puedo hacer bien. Casi no nos permiten rentar este apartamento. Lo único que encontré hasta ahora es alguna caza de recompensa ocasional, y un trabajo de medio tiempo como camarera... un trabajo que se esfumará apenas el restaurante compre una

camarera automatizada. Cualquier otra cosa, seguramente implicaría trabajar para una pandilla o robar.

Algo que podría suceder.

Respiro hondo.

–No lo sé. Venderé la última pintura de papá.

–Em... –dice Keira, pero no continúa la frase. De todas maneras, ella sabe que es una propuesta sin sentido. Aun cuando vendiéramos todo lo que hay en nuestro apartamento, probablemente solo lograríamos reunir quinientos dólares. Y eso está muy lejos de ser suficiente para impedir que el señor Alsole nos eche a la calle de una patada.

Una conocida sensación de náuseas se instala en mi estómago, y me estiro para frotar el tatuaje que me recorre la clavícula. *Todas las puertas cerradas tienen una llave. Pero ¿y si esta no la tiene? ¿Y si no logro salir de esto? No hay forma de que pueda conseguir el dinero suficiente a tiempo. Me quedé sin opciones. Lucho para contener el pánico, tratando de impedir que mi mente se desmorone, y me obligo a calmar mi respiración. Mis ojos se apartan de la TV y se dirigen hacia la ventana.*

No importa en qué lugar de la ciudad esté, siempre sé exactamente en qué dirección se encuentra mi viejo grupo del hogar de crianza. Y si me lo permito, puedo imaginar que nuestro apartamento se desvanece y aparecen los oscuros y estrechos pasillos del hogar y el empapelado amarillo despegado. Puedo ver a los chicos mayores persiguiéndome por el corredor y pegándome hasta que sangro. Puedo recordar

las picaduras de los insectos en las camas. Puedo sentir el ardor en mi rostro por las bofetadas de la señora Devitt. Puedo oírme llorar en silencio en cama marinera al imaginar a mi padre rescatándome de allí. Puedo sentir el alambre del cerco metálico contra los dedos al trepar por encima de él y escapar.

Piensa. Tú puedes encontrar una solución. Una vocecita estalla dentro de mi cabeza, ofuscada. Esta no será tu vida. No estás destinada a permanecer aquí para siempre. Tú no eres tu padre.

En la TV, se apagan finalmente las luces del Tokio Dome. Los vítores aumentan hasta convertirse en un rugido ensordecedor.

—¡Y este es el final de nuestra cobertura previa a los juegos de la ceremonia inaugural de Warcross! —exclama un comentarista con la voz ronca. Él y los demás levantan las manos, haciendo la V de la victoria—. ¡Para aquellos que nos están mirando desde sus hogares, es hora de calzarse las gafas y unirse a nosotros en el evento del año!

Keira ya se puso las gafas. Echo una mirada hacia la mesa del comedor, donde se encuentran las mías.

Algunas personas todavía afirman que Warcross no es más que un juego estúpido. Otras dicen que es una revolución. Pero para mí y otros millones de personas, es la única forma infalible de olvidar nuestros problemas. Perdí la recompensa, el señor Alsole regresará mañana por la mañana para reclamarme a los gritos su dinero, iré arrastrándome

hasta mi trabajo como camarera y me quedaré en la calle en un par de días, sin tener a donde ir... Pero esta noche, puedo unirme a todos los demás, colocarme las gafas y disfrutar de la magia.

